

UNASUR or the Confluence of Two Differing Regional Leaderships: Brazil and Venezuela

Sumario

Globalización, integración y déficit de liderazgo. UNASUR como escenario de dos liderazgos regionales enfrentados: Brasil y Venezuela. El liderazgo reaccionario de Venezuela y su aspiración al sueño bolivariano. El liderazgo pragmático de Brasil: MERCOSUR como núcleo duro de UNASUR. La integración regional sudamericana ante la necesidad de un liderazgo referente.

Resumen

El siguiente trabajo académico pretende servir de aproximación a los dos escenarios geopolíticos que en la actualidad son referencia en América del Sur: Brasil y Venezuela. El objetivo es analizar la confluencia de ambos en el último de los esquemas de integración que ha acontecido en la región, esto es, UNASUR. Así, se auspicia la necesidad de un liderazgo que sirva de referencia en el proceso de integración económica de América del Sur. Un liderazgo que, de mejor manera, debe ser asumido por Brasil y el entramado institucional que, per se, representa MERCOSUR, y frente al cual se erige, como alternativa, principalmente discursiva, Venezuela y el proyecto ALBA.

Palabras claves: Integración regional, UNASUR, liderazgo, Venezuela, Brasil.

Abstract

The following review is intended to serve academic approach to both geopolitical scenarios that are currently referenced in South America: Brazil and Venezuela. The objective is to analyze the confluence of the two in the last integration schemes has happened in the region: UNASUR. So, is sponsoring the need for leadership as a reference in the process of economic integration of South America. A leadership that better, should be taken by Brazil and the institutional framework that represents MERCOSUR, and in front of which stands as an alternative, mainly discursive, Venezuela and ALBA project.

Keywords: Regional integration, UNASUR, leadership, Venezuela, Brazil

Artículo: Recibido en diciembre 23 de 2010; aprobado en febrero 22 de 2011.

Jerónimo Ríos Sierra. Licenciado en Derecho y Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración (U. Autónoma de Madrid), Máster 'Política y Democracia' (UNED), Máster 'Relaciones Internacionales' (U. Complutense de Madrid), Máster 'Unión Europea' con Especialización en Cooperación al Desarrollo Internacional de la Unión Europea (UNED) y Máster 'Estudios Contemporáneos de América Latina' (U. Complutense de Madrid). Doctorando U. Complutense de Madrid en el departamento de Relaciones Internacionales y Derecho Internacional Público. Investigador Principal en el Instituto de Altos Estudios Europeos.

Correo electrónico: jeronimo_rios@hotmail.com



UNASUR o la Confluencia de dos Liderazgos Regionales de Signo Dispar: Brasil y Venezuela

Jerónimo Ríos Sierra

“Buscamos la solidaridad no como un fin sino como un medio encaminado a lograr que nuestra América cumpla su misión universal”.

José Martí (1853-1895)

1. Globalización, integración y déficit de liderazgo. UNASUR como escenario de dos liderazgos regionales enfrentados: Brasil y Venezuela

Los procesos de integración regional pueden concebirse como un fenómeno derivado de las tendencias generadas por la globalización, y con ella, del proceso de expansión de mercados cuya interdependencia favorece la aparición de una serie de sinergias y factores fundamentales a la hora de atender y entender las relaciones de poder mundial (Rojas, 2008).

Con la globalización se van conformando, paulatinamente, aspectos de una agenda política y económica en la que van asumiendo un protagonismo creciente cuestiones globales que demandan respuestas coordinadas entre Estados y actores no estatales, con las que se pueden hacer frente a tan novedosas exigencias.

Claro está, Sudamérica no ha escapado a tal circunstancia y puede observarse cómo ha ido experimentando un proceso en el que la ampliación y liberalización del comercio, así como la eliminación de barreras al mismo y a los flujos de capitales, han ido adoptando una relevancia cada vez mayor desde la década de los ochenta.

La exigencia de nuevas formas de concertación, cooperación e integración regional y con ellas la necesidad de fortalecer los vínculos de convivencia, aminorar el conflicto e intensificar la participación y el diálogo recíproco entre los países sudamericanos, deviene como el telón de fondo bajo el que diferentes esquemas de integración regional como MERCOSUR, CAN o el Grupo de Río han comprendido su existencia.

Sin embargo, y pese a todo, resulta comúnmente aceptado que tal integración en América Latina, y concretamente en Sudamérica, continúa resultando una cuestión irresuelta pese a la elocuencia y las bondades continuamente referidas por la mayoría de los líderes políticos del escenario suramericano.

Así, aunque el proceso de integración sudamericano es tan antiguo como el europeo - ambos comenzaron a despegar tras la Segunda Guerra Mundial- lo cierto es que las diferencias y el grado de evolución alcanzado por uno y otro resultan notoriamente dispares (Malamud, 2009b).

De este modo, el *espagueti bowl* representado por la multitud de espacios existentes en Latinoamérica- y en Sudamérica- queda, a menudo, desvirtuado por la superposición y contradicción de éstos y por la no superación de muchos de los escollos que, aun reconocidos, siguen sin resolverse en aras del sueño de la integración regional, bien latinoamericana, bien sudamericana.

En consonancia con lo referido, perfectamente puede afirmarse que, hasta la actualidad, Sudamérica, que será el escenario regional al que se refiere este trabajo académico, no ha logrado avanzar en la construcción y consolidación de

estructuras duraderas y sólidas de cooperación e integración de modo que su proyección en la esfera internacional como un actor con una única voz deviene improbable en multitud de aspectos.

En este contexto, y pese a las importantes semejanzas históricas, culturales, idiomáticas y/o de *agenda setting*, los problemas, en muchos casos reconocidos y aceptados, siguen sin afrontarse de una manera comprometida y conjunta por parte de los actores más relevantes de la región.

La falta de confianza continúa siendo notable, tal y como se evidencia en el escenario andino o en el Cono Sur – por ejemplo, con motivo de la controversia uruguayo-argentina por la celulosa-, o en las estructuras interregionales de transporte y comunicación - apenas incipientes- y en las asimetrías derivadas del tamaño, desarrollo, diversificación económica u orientación geopolítica sobradamente conocidas.

Si a todo ello se adicionan otras cuestiones tradicionalmente consagradas en la región sudamericana como son el recelo y el escepticismo a la concesión de competencias soberanas de los Estados respecto de estructuras supraestatales o el exceso de nacionalismo que planea sobre la reticencia irrestricta de consagrar estructuras de poder más allá de las fronteras del Estado, entendemos por qué Sudamérica continúa siendo un escenario alejado de la integración regional en su sentido más estricto y, por ende, de todo lo que tenga que ver con el fenómeno de la supranacionalidad.

Una razón que en buena parte puede ayudar a comprender la realidad de esta situación, sin resultar por ello su *causa mater*, es el déficit de liderazgo regional del que adolece el espacio suramericano, y que debe comprenderse como un factor (quasi)estructural a la hora de entender el porqué de las limitaciones de los diferentes propósitos integradores que no terminan de consolidarse en Sudamérica.

Así, no existe en Sudamérica un liderazgo evidente, con un modelo definido, que haga las labores de guía en la conformación y maduración de un proceso de integración propio para América del Sur. Es más, en la actualidad, podría decirse que conviven dos modelos dispares, que coexisten en el último gran constructo que aspira a tan referida integración regional, UNASUR, bajo dos formas de comprender tal integración manifiestamente diferentes: Brasil y Venezuela.

UNASUR, que es la redefinición promovida por el Presidente venezolano Hugo Chávez de la Comunidad Suramericana de Naciones (CSN) – tal y como se dispuso en la Cumbre de Isla Margarita

de abril de 2007- se presenta en la realidad integradora de América del Sur como el escenario óptimo desde el que aspirar exitosamente a hacer de Sudamérica una región concertada y coordinada política y diplomáticamente en pos de converger las estructuras de Mercosur y CAN, y también de Chile, a fin de avanzar en la integración de una zona de libre comercio así como una integración física, energética y comunicacional de América del Sur (Peña, 2009).

Una integración que aboga por redirigir y reestructurar las economías sudamericanas para satisfacer y superar los problemas de los que tradicionalmente, como ya se señaló, viene adoleciendo Sudamérica.

Por tanto, lo que a continuación se propone es una reflexión en torno a la disparidad de posicionamientos de Brasil y Venezuela como principales propulsores de UNASUR y, a su vez, como referentes en el liderazgo regional suramericano.

De esta manera, UNASUR, al margen de las posibles críticas y bonanzas de las que pudiera disponer, parte de una dificultad encontrada, intrínseca a su propia razón que, de no resolverse de uno u otro lado, limitará más pronto que tarde el alcance y las expectativas que tan grandilocuentemente se han llevado a cabo en torno a UNASUR y su discurso integracionista.

Por un lado, Venezuela presenta un liderazgo afecto al sentido bolivariano y cincelado por lo que se concibe como “*socialismo del siglo XXI*”, para lo que se sirve de ALBA y PETROCARIBE como principales mecanismos de influencia, y de un discurso fuertemente marcado por tintes antiimperialistas y anti-norteamericanos que tienen gran relevancia y especial calado en países como Bolivia y, en menor medida, Ecuador. Por ello, el liderazgo de Venezuela, altamente idealista y reaccionario, de acuerdo con Altmann (2008), aboga por la oposición a las reformas al libre mercado, la no limitación de la acción reguladora del Estado en beneficio de la liberalización económica y la armonización de la relación Estado-mercado.

Por otro lado, lejos del posicionamiento chavista quedaría Brasil, cuyo alineamiento en el espacio sudamericano presenta un tipo de liderazgo mucho más comedido, menos *ideologizado* y con un sentido del pragmatismo mucho más desarrollado.

Ello se manifiesta, por ejemplo, en la postura brasileña respecto de la presencia en la región de Estados Unidos, o en la importancia que se confiere a la necesidad de redundar en la complementariedad económica y en la



solidaridad de los estados que comportan el escenario suramericano, fundamentalmente imbricando exitosamente las estructuras ya existentes de Mercosur y CAN (Serbin, 2009).

Con todo, pudiera pensarse no sin acierto, que UNASUR resulta hoy un espacio que aun albergando la integración regional de América del Sur se halla inmerso en una tesitura compleja en la que planean dos escenarios notoriamente distintos cuyo influjo tratan de llevar a cabo los principales liderazgos que coexisten en la región.

Estos dos escenarios, ALBA y MERCOSUR, responden a los imaginarios regionales, antónimos, que tanto Brasil como Venezuela tienen para con América del Sur. Así, mientras que Mercosur guardaría plena sintonía y coherencia con el esquema integrador que plantea UNASUR, ALBA se trataría de una propuesta más contradictoria que complementaria con aquella, tal y como se evidenció en la III Cumbre Presidencial de UNASUR en Cartagena, en enero de 2008, cuando el borrador del Acta Constitutiva no fue aprobado por todos los miembros (Altmann, 2008).

En definitiva, y antes de pasar por separado a realizar un análisis más profundo de los dos posicionamientos nucleares de Brasil y Venezuela en el seno de UNASUR y, por ende, de los esquemas de integración de América del Sur, conviene apuntar la importancia que supone este déficit de liderazgo y esta falta de sintonía entre los actores estatales más influyentes de la región y por los cuales debe comprenderse el fracaso de los esfuerzos integradores en Sudamérica y con ello, el complejo porvenir que pudiera augurársele a UNASUR.

Como a continuación se va a presentar, aún los líderes regionales de América del Sur no se han sentado a dialogar, de un modo constructivo, plural y recíprocamente comprometido, respecto de qué integración se quiere para América del Sur, qué objetivos deben priorizarse o cuáles deben comprenderse como herramientas óptimas para tal empresa. Mientras unos líderes hablan de la integración de países, otros Jefes de Gobierno hacen lo propio para la integración de ciudadanos, de manera que si bien ambos son plenamente válidos, deviene imposible, claro está, construirlos a la vez.

Parece pues, hablarse en diferentes registros, reduciéndose la evocación de la

integración a términos tales como “*bolivariana*” o “*energética*” y alineando los posicionamientos alrededor de los dos protagonistas de turno, Venezuela y Brasil.

Tal y como este ensayo trata de revelar, mientras ello siga siguiendo así, sea cual sea el esquema de integración para la región, llámese UNASUR, llámese ALBA, quedará comprometido al fracaso y a la falta de entendimiento en tanto los posicionamientos que tras ambos trascienden resultan irreconciliables de partida.

UNASUR por el momento no ha evidenciado fracturas como las que se evidenciaron en el fracaso del ALCA o más recientemente en el seno de la CAN, si bien, de no definirse un sentido único, comúnmente compartido respecto de qué América del Sur se quiere, las disidencias y la eclosión de enfrentamientos diplomáticos puede que sean únicamente cuestión de tiempo.

2. El liderazgo reaccionario de Venezuela y su aspiración al sueño bolivariano

El imaginario del liderazgo regional venezolano y su interpretación bolivariana de un mundo multipolar, con cinco polos de poder que equilibren y contrarresten la hegemonía estratégica estadounidense, supone una instrumentalización de la región sudamericana no tanto como un espacio de cooperación e integración irrestrictamente sudamericana y sí más como un escenario orientado a debilitar la influencia de Estados Unidos en los ámbitos regional y global.

Es por ello que el componente ideológico, reaccionario y marcadamente norteamericano, en consonancia con Serbin (2008b), resultan santo y seña de los rasgos más característicos del liderazgo venezolano en la región, y gracias al cual resulta posible apreciar vínculos cada vez mayores con Irán, Rusia o China.

Es resultado de este enfrentamiento entre Estados Unidos y Venezuela, donde Brasil juega un papel mediador de suma importancia que, como posteriormente se expondrá, resulta coherente con el papel y la relevancia económica y comercial que guarda el hegemón norteamericano en la región. Conviene recordar que el 85% de las exportaciones de petróleo venezolanas tienen precisamente como destino a Estados Unidos¹.

¹Es imprescindible advertir el hecho de que Venezuela es para Estados Unidos su cuarto mayor proveedor mundial de petróleo y que la IED y el comercio exterior que Estados Unidos guarda con el trinomio México-Venezuela-Brasil ascendió en 2006 a 500.000 millones de dólares. Véase Malamud, C. (2009). “Estados Unidos y América Latina: nueva etapa de una relación complicada” En *Análisis Real Instituto Eicano*, 97, p. 4.

Así, en lo regional podría afirmarse que las prioridades del liderazgo de Venezuela para la región marchan en dos direcciones que convergen sin lugar a duda en pos de alimentar la animadversión hacia Estados Unidos- tanto militar como geopolíticamente- y promover la integración bolivariana de la región por medio de ALBA - no sin ayuda de lo que se conoce como “*diplomacia del petróleo*” o “*petrodipomacia*” y que claramente plantea suspicacias con las aspiraciones regionales de Brasil.

El ALBA- Alternativa Bolivariana para las Américas- como resulta consabido, es la gran apuesta de Hugo Chávez con la que aspirar a la integración sudamericana. Esta Alternativa Bolivariana, erigida desde el fortalecimiento de la autodeterminación, se consolida como la antítesis de todo el elenco de prácticas e instituciones derivadas de Bretton Woods así como del conocido “Consenso de Washington”.

Sin embargo ALBA no se constriñe en exclusiva en un proyecto estrictamente sudamericano, como pudiera ser UNASUR² o MERCOSUR³, sino que tiende sus lazos a Centroamérica por medio de un instrumento sumamente influyente como es PETROCARIBE que, desde 2005, contribuye a la seguridad energética de los países caribeños y sobre los que aprovecha para proyectar el influjo de las políticas y propuestas que resultan planteadas por ALBA.

Tal y como se reconoció en la V Cumbre de ALBA, celebrada en abril de 2007, la propuesta primigenia surgida del eje Cuba-Venezuela se define, según Altmann (2008) como:

Un modelo de desarrollo independiente que prioriza la complementariedad económica y regional y que hace realidad la voluntad de promover el desarrollo de todos y una cooperación genuina basada en el respeto mutuo y la solidaridad (...) Constituye una alianza política estratégica, cuyo propósito fundamental a mediano plazo es producir transformaciones estructurales en las formaciones económico-sociales de las naciones que la integran.

En la actualidad - conformada por Venezuela, Antigua y Barbuda, Cuba, Bolivia, Dominica,

Ecuador, Honduras, Nicaragua y San Vicente y Granadinas- ALBA apuesta por un proyecto integrador excesivamente ambicioso, anhelante por construir una zona monetaria con una moneda común, el Sucre (Sistema Unitario de Compensación Regional), y fortalecer el desarrollo de proyectos *grannacionales*⁴ en pos de consagrar el equilibrio social, económico, político, territorial e internacional que se consagran en el Plan Nacional de Desarrollo 2001-2007.

Así pues, se aprecia la notoria impronta política que planea sobre ALBA y que, aunque las palabras de Chávez no lo hayan advertido hasta el momento, se aleja del sentido comercial de MERCOSUR y UNASUR aún cuando algunos países son miembros de ambos espacios de integración.

Objetivamente, la realidad de ALBA, y su correspondiente aspiración a la integración sudamericana y de los países caribeños puede decirse que ha resultado bastante limitada por tres razones. Primero, porque los países caribeños, integrados en el CARICOM, parecen estar convencidos de desarrollar un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos, una vez concluida la Iniciativa de la Cuenca del Caribe, en su momento aprobada desde Washington, mientras que, además, se siguen beneficiando de las bondades de PETROCARIBE (Serbin, 2006).

En segundo lugar, porque los países centroamericanos, y con ellos se incluye a Nicaragua, han pasado a formar parte del CAFTA-DR de igual modo que algunos países andinos, como Colombia, están a la espera de consolidar sus acuerdos de libre comercio con el gigante norteamericano. Además, otros como Panamá, Chile o Perú no parecen estar muy por la labor de integrarse en ALBA; es más, las desavenencias y los encuentros con la figura de Chávez parecen convertirse en una dinámica repetida, por lo que aspiran más por el modelo unasureño de convergencia CAN-MERCOSUR que por la propuesta bolivariana chavista.

En este marco, ALBA parece erigirse como un escenario alternativo al que en principio propone el proyecto de UNASUR, por mucho que uno de sus grandes valedores, como es el presidente venezolano, sólo tenga buenas

2 UNASUR se compone de 12 países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Surinam, Uruguay y Venezuela, y además México y Panamá ostentan el estatus de observadores. Sin embargo, cabe añadir que aún no ha entrado en vigor el Tratado de Brasilia de 23 de Mayo de 2008 en tanto en cuanto, sólo ha sido ratificado, hasta el momento, por Venezuela, Chile y Bolivia.

3 MERCOSUR está limitado a Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, mientras Venezuela está por consolidar su ingreso y Bolivia, Chile, Ecuador, Perú y Colombia son miembros asociados. Véase: Malamud, C. (2009c) “Las cuatro Cumbres de presidentes latinoamericanos y el liderazgo brasileño”. En *Documentos de Trabajo Real Instituto Elcano*, 3, p. 1.

4 Véase el Documento de la III Cumbre Extraordinaria de Jefes de Estado y de Gobierno de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América- Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) de 26 de Noviembre de 2008. Véase también: Altmann, J. (2009). “El ALBA, PETROCARIBE y Centroamérica: ¿intereses comunes?” En *Nueva Sociedad*, 219, p. 128.



palabras para éste. Parece así desprenderse que en el seno de UNASUR, de acuerdo con Serbin (2008b), la aspiración chavista no es otra que la de convertir a ALBA en su principal núcleo duro, lo que supondría, necesariamente, desplazar la afección que en la actualidad guarda con MERCOSUR y, por ende, con el proyecto integrador brasileño.

Sea como fuere, los potenciales riesgos que puede suponer ALBA en la puesta en marcha de UNASUR podrían revestir gran importancia. Esto es, al margen de todo el componente imaginario e ideario que rodea a ALBA, porque en la integración bolivariana que reposa tras la figura de Hugo Chávez la región andina deviene especialmente fundamental siendo a su vez donde ésta goza de mayores recelos. Las sinergias conflictuales por dos bloques ideológicamente enfrentados como son Colombia-Perú y Ecuador-Bolivia-Venezuela, que ya fueron una de las causas de la crisis de la CAN de 2006, se reproducen en el seno de UNASUR con unas dificultades cuyo grado de conflicto o resolución aún están por ver⁵.

Otro aspecto importante en el sello del liderazgo venezolano es el interés de éste por crear una fuerza militar conjunta que sirva de instrumento disuasorio frente a injerencias contra la soberanía de la región o ante una eventual intervención extranjera. Ello dista sobremanera de la propuesta brasileña, mucho más cercana a la creación de un instrumento de coordinación militar intergubernamental y cuya plasmación fáctica se ha llevado a cabo con la creación del Consejo Sudamericano de Defensa en diciembre de 2008.

Con todo lo referido, la realidad, más allá de las evocaciones y las buenas palabras que recíprocamente se dedican Venezuela y Brasil, es que UNASUR deviene como escenario de excepción en el que convergen dos posiciones cuya tensión y competencia parecen haber entrado en una rivalidad hasta ahora dirigida por los cauces de la diplomacia. Por ello, una buena prueba resulta en la capacidad que, hasta ahora, ha demostrado Venezuela para caminar a su antojo, por libre, en el escenario político sudamericano. Así quedó patente al abandonar unilateralmente la CAN y solicitando su admisión en MERCOSUR, y de manera más trascendente, cuestionando duramente los intereses brasileños.

Respecto a MERCOSUR y su ingreso, aún pendiente de ratificación por Brasil y Paraguay, Venezuela generó una profunda crisis en la identidad del grupo, hoy en día no resuelta, y que no parece acompañarse dado que todavía no ha armonizado su legislación de acuerdo con los principios constitutivos de MERCOSUR al que amenazó con abandonar como consecuencia de su excesiva razón comercial que, según Chávez, abandona los aspectos sociales (Altmann, 2008). Es por esto que lejos de la retórica integracionista evocada por ALBA, habría que preguntarse si verdaderamente la política exterior venezolana tiende a integrar la región o más bien, tal y como parece, a dividirla y fragmentarla⁶.

Respecto al cuestionamiento de los intereses brasileños ello ha quedado patente en el influjo sobre Bolivia a la hora de nacionalizar el gas brasileño y los hidrocarburos vinculados a PETROBRAS, los cuestionamientos al proyecto de difusión hemisférica del etanol con tecnología brasileña, o el acelerado proceso de modernización de las fuerzas armadas venezolanas con el consiguiente (re)equilibrio militar regional.

Toda esta confluencia de prácticas, en línea con lo argüido Domínguez Ávila (2008), ha contribuido sobremanera a enrarecer, en cierto sentido, las relaciones Caracas-Brasilia planteando algunos posicionamientos críticos al liderazgo brasileño en Bolivia, Guayana, Surinam y también en Ecuador y Argentina.

Sea como fuere y en definitiva, como a continuación se tendrá ocasión de plantear, el liderazgo que desarrolla Venezuela en Sudamérica y con los países centroamericanos y del Caribe guarda una más que relevante diferencia con el liderazgo que ostenta Brasil, dado que la ideología bolivariana, el *hard power* y la potencialidad militar, no dependen tan sólo de cuestiones y factores internos sino que tienen total relación con el precio del petróleo, los condicionantes políticos que permitan la continuidad en el poder de Chávez y una serie de condicionantes demográficos, humanos y naturales que distan mucho de las potencialidades que ostenta el gigante brasileño.

Es por ello que muchos son los que dudan de la posibilidad de hablar de Venezuela como un posible referente regional en América del Sur pues, más allá de sus propias limitaciones, están la figura

⁵ Baste con ver que la Cumbre de UNASUR celebrada para intermediar en el conflicto boliviano, y que fue impulsada por Hugo Chávez, tuvo la notable ausencia de Alan García, cada vez más enfrentado con el presidente venezolano, a para cuya ausencia alegó problemas de agenda para excusar su ausencia.

⁶ Sirvan como ejemplos como la nacionalización de Cemex o Techint en Venezuela. Véase: Malamud, C. (2009b). p. 110.

controvertida de su presidente y la excesiva dependencia del petróleo y su precio de mercado. A Chávez le falta el *glamour* que durante mucho tiempo tuvo consigo la figura de Fidel Castro, y aunque es venerado en numerosos sectores de América Latina, en otros es defenestrado, y sus capacidades de influjo, más allá de PETROCARIBE, como se aprecia en la Organización de Estados Americanos (OEA), devienen notablemente limitadas (Malamud, 2009b).

En conclusión, la interpretación regional y la proyección de Venezuela a partir de una lógica *schmittiana*, construida sobre la dicotomía amigo-enemigo, más que servir de instrumento de convergencia entre los países sudamericanos, centroamericanos y del Caribe, sirve de razón de confrontación con muchos de ellos, en especial con Colombia, y cada vez más con otros países como Perú, Chile y Brasil que empiezan a convencerse del recelo y el escepticismo que Venezuela, de radicalizar su discurso político en la integración regional, puede protagonizar en la puesta en marcha a medio plazo del proyecto de UNASUR.

Es por ello que al margen de las fortalezas o los apoyos que pudiera arrastrar a su causa el liderazgo venezolano, lo cierto es que su propuesta de integración para muchos autores deviene inviable (Serbin 2008; Altmann 2008) al margen de que sus acciones efectivas por medio de mecanismos como PETROCARIBE resulten mucho más importantes de lo que muchas voces consideran.

3. El liderazgo pragmático de Brasil: mercosur como núcleo duro de UNASUR

Atendiendo a los caracteres demográficos, económicos y territoriales, Brasil se trata de una potencia de orden global cuya relevancia en el escenario regional sudamericano queda fuera de toda duda. Aunque cabría pensar, como entiende Harris (2008), que más bien Brasil podría hallarse inmersa en un proceso de traslación de potencia mediana a potencia regional, lo cierto es que en el nuevo orden multilateral emergente, está llamado a un papel protagonista, junto a otros países como Rusia, China, India, o Sudáfrica.

Sin embargo, esta atención por la esfera regional no ha sido siempre así, de manera que hasta hace algo más de dos décadas pudiera decirse que la orientación de la (geo) política exterior brasileña iba mucho más encaminada a la inserción en el plano internacional que al ámbito estrictamente regional (Varas, 2008).

Así, es gracias a MERCOSUR, y con él a la estrategia marcada primero por el Presidente Henrique Cardoso, y después por medio de Lula da Silva, – y cabe esperar que por Dilma Rousseff – en las que la importancia regional sudamericana comienza a plantearse como un aspecto prioritario en la agenda política brasileña y que, hoy en día, queda fuera de toda duda a tenor de su posicionamiento al frente, junto con Venezuela, del proyecto de integración regional que plantea UNASUR.

El hecho de que Brasil sea a MERCOSUR lo que MERCOSUR a Brasil, es decir, una pieza indisociable en este escenario de integración regional, resulta sumamente importante a la hora de comprender de qué modo el influjo brasileño ha ido definiendo el camino a seguir para MERCOSUR; máxime cuando el ALCA se dispuso como un riesgo capital que podía, verdaderamente, diluir el proyecto presentado por el Mercado Común del Sur (Serbin, 2008b).

En el contexto que se plantea, UNASUR, como redefinición de la Comunidad Suramericana de Naciones (CSN) e inicialmente concebida como ALCSA, se impulsa desde el liderazgo brasileño como la aspiración desde la que imbricar las estructuras regionales de CAN y MERCOSUR con las que, dicho sea de paso, controlar la radicalización política y el liderazgo regional proveniente de Venezuela, cuya entrada en MERCOSUR ha sido motivo para el surgimiento, como entiende Hirst (2006), de nuevas tensiones tanto dentro como fuera del bloque.

De este modo, esta última sería el núcleo duro de la integración *unasureña*, del mismo modo que para Venezuela es ALBA. Es por ello que el imaginario regional brasileño en América del Sur, en contraposición al venezolano, puede decirse que aspira a un proyecto neo-desarrollista cuyos pilares son la democracia, el comercio y la seguridad, y junto a ellos, la negociación, el diálogo político y la resolución pacífica de los conflictos (Gratius, 2007).

En todos estos rasgos definitorios del liderazgo regional brasileño se encuentra una clara disonancia respecto de Venezuela y la posición adoptada por su Presidente Hugo Chávez. Si ya se pudo dar cuenta del sentido militarista venezolano, *sensu contrario* podría afirmarse que Brasil aspira a hacer de América del Sur una región desmilitarizada, sin presencia permanente de tropas extra-regionales y cuya impronta ha quedado evidente en la



conformación del Consejo Sudamericano de Defensa⁷.

De igual modo, su capacidad de mediación se ha proyectado en la región de una manera mucho más comedida, pragmática y evidente de la llevada a cabo por Venezuela, cuyas disidencias, como también se apuntaba *ex ante*, resultan cada vez mayores, tal y como evidencian los casos Chile⁸, Perú o Colombia.

Brasil es consciente que un protagonismo mediador, que armonice potenciales conflictos regionales y dirima posibles desavenencias respalda notablemente la proyección de su rol de líder en el escenario regional sudamericano.

Así ha quedado evidente, por ejemplo, en el conflicto entre Perú y Ecuador de 1995, o más recientemente en la controversia andina por la incursión colombiana en suelo ecuatoriano con motivo de una operación contra las FARC, que permitió el asesinato de Raúl Reyes y en la que Hugo Chávez y Daniel Ortega no dudaron en respaldar militarmente a Correa en el caso de que hubiera sido necesario, o en el conflicto boliviano resultado de la matanza de Pando, y que fue motivo para reunir en una Cumbre Extraordinaria a los miembros de UNASUR a instancia de Hugo Chávez.

En dicha reunión confluyeron dos posicionamientos enfrentados y claramente encontrados. Por un lado, uno en torno a la figura del presidente venezolano, y con quien se encontraban Morales, Correa y Fernández de Kirchner, quienes insistían en la existencia de un complot contra el gobierno boliviano así como un golpe de Estado en marcha.

Ello provocó la expulsión de los embajadores de Estados Unidos tanto de La Paz como de Caracas y que redundaba en la impronta anti-norteamericana chavista, quien afirmó: *“estamos tomando medidas para evitar fases más complicadas de intervención en Bolivia. No queremos intervención y le pedimos a Estados Unidos que retire sus manos de Bolivia y América Latina, porque ellos son los culpables, son el gran conspirador”* (Malamud, 2008, p. 4).

Por otro lado, se encontraba el eje Lula-Uribe-Bachelet, más proclive a la negociación, en tanto que comprendía que la mediación de UNASUR resultaba mucho más efectiva que la intervención. Es por ello que ésta fue la decisión que finalmente se llevó a cabo y que resolvió exitosamente la crisis que debía afrontar la

Cumbre Extraordinaria. Una Cumbre Extraordinaria respecto de la que cabe añadir que Lula no era partidario de acudir, en tanto que pudiera interpretarse como una injerencia en los asuntos estrictamente bolivianos. No obstante, una ausencia del líder brasileño muy posiblemente se hubiera cobrado un mayor protagonismo de la figura de Chávez con el pertinente fortalecimiento de su capacidad de influencia, ya más que notable, sobre el presidente boliviano, Evo Morales.

Del mismo modo, se aprecia una especial atención hacia la región andina, en la que se encuentran los mayores riesgos y tensiones para la estabilidad regional y los intereses brasileños. Es por ello que Brasil actúa en el control de fronteras por medio de instrumentos como el SIVAM de igual modo que colabora, comprometidamente, en la mediación de conflictos institucionales o política dentro del marco andino, tanto en Bolivia como en Venezuela, como también en Colombia, a propósito de un tema de tanta enjundia como el de las FARC, potencialmente vinculante a otras redes criminales y narcotraficantes de Brasil.

Hasta tal punto llega la diplomacia exterior brasileña, que aún con la nacionalización del gas boliviano, hasta entonces comprado mayoritariamente por PETROBRAS, y tras cuya operación planea la figura del líder venezolano, Brasil superó las tensiones, inicialmente surgidas, en tanto que de fondo se alzaprímó, por encima de todo, la relación estratégica con el país (Soares de Lima y Hirst, 2006).

Dicho esto, se puede observar la impronta que se destacaba a la hora de valorar, por encima de todo, el sentido práctico que Brasil encarna a la hora de afrontar la integración regional sudamericana. Son pues este talante y buena disposición las armas con las que, afirma Serbin (2008b):

Brasil busca desarrollar una política consistente de influencia moderada en la región, con bajos costos políticos y, frecuentemente una diplomacia activa pero cautelosa. En este sentido, Brasil evita involucrarse en conflictos regionales y más bien asume un papel conciliador, cambiando la relación con América del Sur no sólo en términos de mayor interdependencia económica sino

7 Aprobado el 16 de Diciembre de 2008, en Brasil, por el Consejo de Jefas y Jefes de Estado y de Gobierno de UNASUR cuya primera reunión aconteció los días 9 y 10 de Marzo de 2009.

8 Sirva de ejemplo reciente el cruce de declaraciones entre Alejandro Foxley y Nicolás Maduro tras la Cumbre de Santiago y con motivo del posicionamiento chavista bajo un discurso profundamente agresivo respecto a Estados Unidos.

también de una mayor responsabilidad política del país en su entorno geográfico más cercana a través de un *soft power* (más) propio de una potencia mediana.

Otra gran diferencia de Brasil respecto de Venezuela reside en la percepción y relación que guarda con Estados Unidos, con quien el diálogo político presenta un tono mucho más afable y distendido gracias, entre otros factores, al sistema político confiable brasileño, su mayor compromiso comercial y seguridad jurídica⁹, su independencia de la OPEP así como de los poderes fácticos internacionales, tal y como refleja su negativa a ser miembro de la OCDE (Malamud, 2009).

Pese a que Brasil busca más una agenda regional cooperativa, erigida desde el binomio indisoluble de la concordia política y el desarrollo, y Estados Unidos opta más por los acuerdos bilaterales vinculados con la agenda de seguridad, lo cierto es que convergen en numerosas cuestiones regionales pertinentes con América del Sur. Una de ellas, como sostiene Sennes (2008), de gran importancia y al margen de otras no menos baladíes, como la insurgencia colombiana, la unidad boliviana o la descomposición del sistema político y de representación argentina, es la estrategia en el juego político chavista. Una estrategia claramente dominada, más allá del discurso político, por el pragmatismo, la estabilidad política del país y el interés económico, energético y comercial que supone.

Respecto a la cuestión de la seguridad, Brasil aspira a la creación de un Consejo de Seguridad Suramericano, cuyo primer paso ya se ha dado con el Consejo de Defensa Sudamericano, y que sometido a su hegemonía promovería la cooperación en equipos y armas así como el desarrollo del mercado regional para la industria bélica brasileña, contribuyendo, además, a espolear la figura brasileña en su camino a ser miembro permanente del Consejo de Seguridad, lo que a la par que limita, inteligentemente, las posibilidades de Venezuela de crear, alternativamente, un ejército común bajo la bandera de ALBA.

Sin embargo, un aspecto nuclear para todo lo referido hasta el momento, es decir, determinante tanto para cómo se desarrollará el liderazgo regional sudamericano de Brasil como

para el propio devenir de UNASUR, reposa en de qué modo este espacio de integración puede complementarse con el MERCOSUR e institucionalizarse el escenario regional sudamericano.

Es en este contexto donde Brasil debe enfrentarse a dos desafíos de suma importancia como son la conciliación de múltiples espacios de inserción global y regional de cada país, y la necesidad de dotar a los ámbitos institucionales de UNASUR una dosis suficiente de credibilidad donde factores como la diversidad, la asimetría y la gobernabilidad son variables de suma trascendencia, imposibles de obviar (Peña, 2009).

No conviene olvidar que MERCOSUR, en su dimensión ampliada con el ingreso de Venezuela y de otros países, además de cumplir con su cometido de integración regional de espacio sudamericano, se ha servido de una red de preferencias comerciales que abarcan a otros países miembros de la ALADI, en particular Chile y Bolivia, y ha engrosado sus objetivos políticos como la defensa de la democracia y los derechos humanos.

Es por ello que para el referido Peña (2009), MERCOSUR y UNASUR partirían, *ab initio*, de un cometido económico y político bastante similar cuya mayor diferencia reposaría en el abordaje que, desde UNASUR, se plantea respecto de cuestiones como la infraestructura física y la complementación energética, no previstas en MERCOSUR, si bien con el *handicap* de distar todavía notablemente del grado de compromiso, institucionalización y desarrollo del que goza, más allá de sus dificultades, MERCOSUR.

Un MERCOSUR que, en concordancia con lo expuesto por Varas (2008), se hallaría inmerso aún en una etapa compleja, producto de la ineficacia de sus instituciones para mantener los objetivos comunes que impulsaron a los Estados miembros a ser parte en el proceso de integración regional y que se manifiestan en la unión aduanera incompleta que presenta, así como en la precaria zona de libre comercio que actualmente supone¹⁰. No obstante, no por ello, cabe pensar que UNASUR puede servir, como se apunta, de una trascendental revitalización y acicate del proyecto *mercosureño*.

Así, si el liderazgo brasileño fuera capaz de atraer el horizonte que plantea UNASUR al sentido *mercosureño*, ambos espacios se potenciarían recíprocamente, sirviendo el

⁹ No hay que olvidar que entre 2000 y 2008 la relación comercial entre Brasil y Estados Unidos ascendió a 54.000 millones de dólares, 26.000 millones en exportaciones a Brasil y 28.000 millones en importaciones.

¹⁰ Véase Bouzas, R., Da Motta Veiga, P. y Ríos, S. (2007). "Crisis y perspectivas de la integración sudamericana". En *Foreign Affairs en español*, 7, (4), pp. 61-68.



segundo de núcleo duro para la integración regional sudamericana, con Brasil como principal referente, con unos objetivos económicos, políticos, comerciales y sociales compartidos y próximos al ideario regional sudamericano que concibe. De no conseguirlo, cabe la posibilidad de que MERCOSUR se diluya en UNASUR, que no termine de avanzar y, con ello, se constituya un nuevo horizonte de oportunidades para las alternativas que presenta el discurso venezolano en la región y que Brasil, evidentemente, no comparte.

4. La integración regional sudamericana ante la necesidad de un liderazgo referente

Más allá de lo somero de este ensayo, ello no ha sido óbice para sacar a relucir algunas de las disparidades más notables que enfrentan a Venezuela y a Brasil dentro del escenario regional sudamericano, y con ello, dentro del marco de último gran proyecto para la integración regional de América del Sur que es UNASUR.

Por un lado, Venezuela representa un liderazgo geoestratégico, en el que prima el componente militar, cargado de elementos ideológicos y que se sirve de los recursos energéticos, con instrumentos como PETROCARIBE para fortalecer tanto el liderazgo regional como un elenco de alianzas con actores tradicionalmente ajenos al espacio sudamericano, como Irán, Rusia o China. Además, como se ha podido observar, el liderazgo venezolano se nutre de una retórica fuertemente antiimperialista, de gran calado en múltiples focos regionales, pero limitado por la coyuntura económica internacional y por una fragilidad manifiesta en el resultado diplomático de la política chavista, más atrayente por su contenido que por su aspiración ideológica.

En contraposición a él, y aún cuando ambas parten de una visión multipolar del mundo, está Brasil, quien plantea una estrategia acompañada de un liderazgo multidimensional, basado en el desarrollo productivo, industrial y quien, a diferencia de Venezuela, busca desarrollar una convivencia pacífica con Estados Unidos así como ser reconocido como

interlocutor en el marco de una relación que no confronte las aspiraciones regionales y globales de uno y otro (Serbin, 2008).

Aunque muchas son las expectativas y sueños que aquel ha creado, aún es demasiado pronto para valorar, con razones suficientes, el verdadero alcance que puede suponer el nuevo anhelo de integración regional ante una empresa de tanta enjundia como a la que trata de aspirar.

Todavía, y pese a que ya se ha avanzado en algunos asuntos como la creación del Consejo de Defensa Suramericano¹¹, aprobado el 16 de Diciembre de 2008 en Brasil, o el Consejo Energético de Suramérica¹², aprobado en la reunión de Isla Margarita de 2007, lo cierto es que UNASUR, hasta el momento, no ha trascendido más que como escenario de concertación y diálogo político más que como verdadero esquema de integración regional.

Sin embargo, ello ya ha permitido vislumbrar la fuerza del posicionamiento brasileño que, como quedó evidente en la aprobación del CSD, en vez de constituirse como una fuerza armada sudamericana *stricto sensu*, se erigió como una herramienta al servicio de UNASUR para la prevención y resolución de conflictos, reducir desconfianzas y disidencias y diseñar las bases de una futura política común de defensa, lejos de la presencia militar de Estados Unidos (Romero, 2008).

Es necesario que UNASUR deje de alinear dos imaginarios diferentes respecto de qué debe ser América del Sur y opte, definitivamente, por dejar de lado la retórica bolivariana en detrimento de una mayor factibilidad que pasa, indisociablemente, por un posicionamiento más decidido de Brasil, que trascienda, a su vez, del sentimiento que hoy proyecta UNASUR, más como elenco de reuniones en las que los líderes evocan las bonanzas de la integración que como verdadero instrumento de integración.

La integración regional para América del Sur requiere un diálogo y un consenso político mayor que el que actualmente ha presentado con UNASUR. Con un telón de fondo conflictual, con importantes desavenencias entre Ecuador y Colombia, Venezuela y Perú, o Argentina y Uruguay, parece que no existe concierto ni consenso alguno de qué integración se quiere para Sudamérica y cuáles deben ser sus pilares estructurales básicos.

11 Los objetivos reconocidos del CDS serían fundamentalmente tres: consolidar Suramérica como una zona de paz, base para la estabilidad democrática y el desarrollo, construir una identidad suramericana en materia de defensa y, finalmente, fortalecer la cooperación regional en materia de defensa.

12 El CES pretende servir de instrumento desde el cual desarrollar una estrategia energética común para todo Suramérica. Así, por medio del mismo UNASUR busca promover la seguridad en el abastecimiento energético de la región, facilitar el intercambio energético regional, potenciar mecanismos de complementariedad y cooperación entre las empresas estatales de hidrocarburos y otras energías, favorecer el intercambio y la transferencia de tecnologías así como impulsar el desarrollo de las energías renovables y favorecer la convergencia de las políticas energéticas de los diferentes países que conforman UNASUR

Se comparten nociones u orientaciones en cuanto a un componente energético, de seguridad común, de infraestructuras, de instrumentos financieros o de herramientas de cooperación, pero lo cierto es que entre el significativo y el significado existen muchas diferencias, y baste para apreciarlas atender, y entender, las diferentes estrategias que para la integración transcurren entre Caracas y Brasilia.

Es por ello que ante la falta de respuesta respecto a qué integración se quiere, si de América Latina o si de América del Sur, si de estados o de ciudadanos, se limita notablemente la posibilidad de convergencia de los diferentes planteamientos que concurren en la región de estudio y que, por ende, hacen de la controversia y el conflicto las pautas dominantes donde debieran primar el consenso y el (recíproco) convencimiento.

Ello guardaría plena relación con el rol que Estados Unidos llevaría a cabo en la región en tanto que mientras se dispone de la integración económica, política y comercial por medio de UNASUR, los países como Chile, Colombia o Perú se esfuerzan en desarrollar los TLC y que, en palabras de Harris (2008):

Comprometen la soberanía nacional, obstaculizan la producción local de alimentos, habilitan la privatización con fines de lucro del servicio del agua y otros vitales como la salud, amenazan la supervivencia de las culturas indígenas, la biodiversidad, la soberanía alimenticia y el control local de los recursos naturales.

Así, por mucho acuerdo que formalmente concurre en UNASUR entre los principales líderes políticos de Sudamérica respecto a auspiciar la necesidad de una integración comercial, económica, política, social y cultural, se necesita una definición clara, transparente y compartida de cómo debe ser, y que al día de hoy continúa ausente en la región y que reproduce, con relativa facilidad, la improvisación con el exceso de ambición y la falta de voluntad política.

Es por ello que, a modo de conclusión, y vistos los dos principales liderazgos que coexisten en UNASUR, en su maduración como esquema de integración regional América del Sur, éste parece requerir la asunción de un liderazgo brasileño mucho más decidido y más comprometido que el que hasta ahora parece haber llevado a cabo.

La posición más pragmática y factible que supone Brasil, unido a un discurso político más comedido, basado en el diálogo y la mediación, comprometido en la resolución de conflictos regionales, menos agresivo para con Estados Unidos y la OEA, y con las instituciones y los principios de MERCOSUR a su servicio, los cuales pueden ser revitalizados por UNASUR, hacen del gigante amazónico el actor si no idóneo, sí óptimo que puede llevar consigo el motor de la integración regional para Sudamérica.

Si en Europa el liderazgo de Francia y Alemania resultó imprescindible de cara a los designios del proceso de integración económica en el Viejo Continente, hoy en día, a falta de un acuerdo recíprocamente compartido con Venezuela respecto a qué América del Sur, o Latinoamérica se quiere, la posición referente de Brasil debe ser la que guíe a la región a un nuevo entramado de integración.

En este contexto, puede pensarse que es el déficit de liderazgo hasta ahora experimentado por Brasil el que ha permitido que un país como Venezuela haya desarrollado su propia órbita de influjo, principalmente centrada en Centroamérica, Caribe, Ecuador y Bolivia. Sin embargo, es por este motivo, que un afianzamiento, con un liderazgo mucho más definido y sólido de Brasil, cuya capacidad de mediación e intervención exitosa en la agenda política de Sudamérica queda fuera de toda duda, puede llevar consigo al convencimiento compartido en América del Sur de que la integración de la región es algo plenamente factible y no sólo una referencia cargada de idealismo político.

Para ello es necesario que Venezuela concite armoniosamente un discurso que hasta ahora, como se pudo ver, queda superado por su carácter reaccionario y su evocación excesivamente ideológica. Si a ello añadimos unas limitaciones estructurales evidentes y una excesiva dependencia en su influjo respecto del precio del petróleo, el convencimiento de que Brasil debe ser el estandarte de la integración regional de América del Sur queda fuera de toda duda.

En esta tesitura enfrentada, cada modelo de liderazgo respalda, además y como se ha apuntado, su presencia regional en UNASUR con dos esquemas de integración regional profundamente dispares ALBA y MERCOSUR.

La primera, sustentada por la asistencia petrolera de PETROCARIBE, sin estructuras sólidas, erigida desde encuentros entre los jefes



de gobierno, y sin una arquitectura institucional diseñada.

La segunda, MERCOSUR, con una proyección marcadamente comercial y productiva y donde el eje Brasil-Argentina puede devenir trascendental a la hora de convertir, fehacientemente a MERCOSUR en el núcleo duro de UNASUR.

En esta afirmación, tal y como expone Hirst (2006), no hay que olvidar que Brasil tiene a su servicio dos instrumentos sumamente importantes como son el Banco Nacional de Desenvolvimiento Económico e Social (BNDES) – el cual anunció un crédito de 2600 millones de dólares para empresas que trabajen en proyectos de infraestructura y obras en todo Sudamérica- y PETROBRÁS, promotor de actividades de exploración, producción, refinería, petroquímica y distribución por medio de alianzas con empresas locales (PDVSA y Venezuela), negociaciones con países vecinos, inversiones directas (Argentina), adquisición de empresas locales (Uruguay) o sustitución de distribuidoras transnacionales (Colombia).

MERCOSUR, más allá de sus dificultades, tiene identificados unos intereses comunes, factibles, y unas instituciones cuya aportación a UNASUR, más allá de las limitaciones experimentadas a la hora de resolver los conflictos acuñados en su seno, puede resultar mucho más óptima que tratar de volver a reproducir espacios institucionales que, dados los múltiples intentos por integrar regionalmente el continente sudamericano, se encuentran reproducidos por duplicado, o incluso por triplicado.

Es por todo ello que optar por el núcleo de MERCOSUR parece ser la mejor herramienta desde la cual espolear el proyecto de integración que, en la actualidad, supone UNASUR, y que, tal vez, y al margen de las dificultades estructurales ya atendidas, pudiera tratarse del momento idóneo para afrontar, definitivamente, tan trascendental empresa. Momento idóneo tanto porque se ha avanzado considerablemente en la interdependencia económica con proyectos de integración física como la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA), como porque los actores de las sociedades civiles latinoamericanas se han desarrollado notablemente y comienzan a operar en redes transnacionales, tal y como aconteció en las protestas desarrolladas durante las negociaciones de ALCA (Birle, 2008).

Sin embargo, en la defensa del liderazgo brasileño, es necesario advertir la necesidad de

cierta redefinición, pues si bien es cierto que consiguió integrar como miembros asociados del MERCOSUR a México, Chile y Bolivia, además del caso venezolano, el excesivo centralismo de los temas comerciales y arancelarios, la incapacidad de promover ALADI como escenario de preferencia comercial regional respecto de México o Estados Unidos, o su afán por avanzar en el aspecto de integrar nuevos socios en lugar de consolidar los acuerdos con los ya existentes han servido para que se planteen ciertos cuestionamientos al liderazgo brasileño por parte de Argentina, Uruguay, y más recientemente con Paraguay, y de cuya experiencia Brasil debería aprender (Sennes y Tomazini, 2006).

Igualmente, debería tomar precauciones en el desarrollo de una posible *brasilofobia* en el *subcontinente* y que genere en los Estados vecinos crecientes posicionamientos de recelo y escepticismo a los intereses de un país, Brasil, llamado inexorablemente a ser el referente regional suramericano y, también, latinoamericano.

Los desafíos a la integración regional son muchos; un crecimiento económico regional exiguo, elevadísimos niveles de pobreza y de desigualdad, falta de cohesión social o una débil proyección internacional con muchas voces diferentes con afán de protagonismo que requieren, en suma, de una vez por todas, el compromiso regional, unívoco desde el cual desarrollar la integración regional de América del Sur. UNASUR puede servir para ello, prodigándose como un escenario idóneo desde el cual consolidar la democracia, la relación con Estados Unidos desde la cordialidad, así como la construcción de una identidad compartida y un sentido de comunidad.

Por ello, mientras todo este elenco de anhelos siga quedando superado por la indefinición, por la incertidumbre, y por dos polos de liderazgo y de influencia manifiestamente diferentes, no se podrá más que esperar de UNASUR un nuevo esfuerzo por una integración regional desvirtuada y limitada desde su inicio.

Desde Europa, la aspiración integracionista de UNASUR sigue resultando algo plagado de incertidumbres pero en condiciones de suponer un punto de inflexión sin precedentes en una empresa que desde los años cincuenta no se termina de consolidar. Existe la tesitura idónea, instrumentos ya existentes y otros creados *ad hoc* alrededor de la órbita de UNASUR. El éxito o el

fracaso están en manos de Brasil y, en buena medida, concluye al respecto Pérez Flórez (2009):

Dependerá de cómo gestione Brasil las demandas de Bolivia, Ecuador, Paraguay y Venezuela en torno a la deuda de estos países, para que no se forme un grupo en contra de su liderazgo. Brasil tiene la palabra. En Asunción y otras capitales sureñas se preguntan qué tanto está dispuesto a sacrificar el gigante amazónico y si quiere socios o países sometidos a sus dictados.

BIBLIOGRAFÍA

Altmann Borbón, J. (2008). "ALBA: ¿un proyecto alternativo para América Latina?". En *Análisis del Real Instituto Elcano*, 17, http://www.flacso.org/fileadmin/usuarios/documentos/Integracion/ALBA_Un_proyecto_alternativo_para_AL.pdf. Consultado el 6/4/2011.

Altmann Borbón, J. (2009). "El ALBA, PETROCARIBE y Centroamérica: ¿intereses comunes?". En *Nueva Sociedad*, 219, 127-144.

Birle, P. (2008). "Muchas voces, ninguna voz. Las dificultades de América Latina para convertirse en un verdadero actor internacional". En *Nueva Sociedad*, 214, 143-151.

Bouzas, R., Da Motta Veiga, P. y Ríos, S. (2007). "Crisis y perspectivas de la integración sudamericana". En *Foreign Affairs en español*, 7 (4), 61-68.

Uthoff, A., Hopenhayn, M., y Feres, J. C. (Coord.). (2007). *Panorama social de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.

Domínguez Ávila, C. (2008). "Brasil y la recomposición de la geopolítica latinoamericana en los primeros años del SXXI". Disponible en Buenos Aires: Centro Argentino de Estudios Internacionales. <http://www.caei.com.ar/es/programas/integracion/31.pdf>

Gratius, S. (2007). "Brasil en las Américas: ¿una potencia regional pacificadora?". En *Documentos de Trabajo FRIDE*, 35, <http://www.fride.org/publicacion/223/brasil-en-las-americas:-%C2%BFuna-potencia-regional-pacificadora>. Consultado el 6/4/2011.

Harris, R. (2008). "Alternativas latinoamericanas frente a la globalización y el capitalismo". En *Nueva Sociedad*, 214, 47-53.

Hirst, M. (2006). "Los desafíos de la política sudamericana de Brasil". En *Nueva Sociedad*, 205, 131-140.

Malamud, C. (2008). "La Cumbre de UNASUR en Santiago de Chile y el conflicto en Bolivia". En *Análisis Real Instituto Elcano*, 121, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/ef5e4e804f0198e58e3eee3170baead1/AR1121_Malamud_Cumbre_Unasur_Bolivia.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=ef5e4e804f0198e58e3eee3170baead1. Consultado el 6/4/2011.

Malamud, C. (2009). "Estados Unidos y América Latina: nueva etapa de una relación complicada". En *Análisis Real Instituto Elcano*, 97, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/america+latina/ari97-2009. Consultado el 6/4/2011.

Malamud, C. (2009b). "La crisis de la integración se juega en casa". En *Nueva Sociedad*, 219, 97-112.

Malamud, C. (2009c). "Las cuatro Cumbres de presidentes latinoamericanos y el liderazgo brasileño". En *Documentos de Trabajo Real Instituto Elcano*, 3, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/america+latina/dt3-2009. Consultado el 6/4/2011.

Peña, F. (2009). "La integración del espacio sudamericano. ¿La UNASUR y MERCOSUR pueden complementarse?". En *Nueva Sociedad*, 219, 46-58.

Pérez Flórez, G. (2009). "UNASUR: la apuesta de Brasil". En *Política Exterior*, 127, 149-170.

Romero, R. (2008). "Una cumbre en la que Uribe no tiene nada que hacer: Nace UNASUR y Alianza militar sin Estados Unidos". Disponible en www.polodemocratico.net/Nace-UNASUR-y-alianza-militar-sin. Consultado el 6/4/2011.

Rojas Aravena, F. (2008). "América Latina y los desafíos para la integración regional". En *Anuario CEIPAZ-Fundación Cultura de Paz*, 2, 105-126.

Sennes, R. y Tomazini, C. (2006). "Agenda sudamericana de Brasil. ¿Proyecto diplomático, sectorial o estratégico?". En *Foreign Affairs en español*, 6 (1), 43-60.

Sennes, R. (2008). "Las relaciones Brasil-Estados Unidos: un acuerdo tácito". En *Foreign Affairs Latinoamérica*, 8 (4), 83-91.

Serbin, A. (2006). "Cuando la limosna es grande... El Caribe, Chávez y los límites de la diplomacia petrolera". En *Nueva Sociedad*, 205, 75-91.



Serbin, A. (2008). "Entre UNASUR y ALBA: ¿otra integración (ciudadana) es posible? En *Anuario CEIPAZ-Fundación Cultura de Paz*, 1, 183-207.

Serbin, A. (2008b). "Tres liderazgos y un vacío: América Latina y la nueva encrucijada regional. En *Anuario CEIPAZ-Fundación Cultura de Paz*, 2, 135-152.

Serbin, A. (2009). "América del Sur en un mundo multipolar: ¿es la UNASUR la alternativa? En *Nueva Sociedad*, 219, 145-156.

Soares de Lima, M^a. R. y Hirst, M. (2006). "Brazil as an intermediate state and regional power: action, choice and responsibilities" En *International Affairs*, 82 (1), 21-24.

Soares de Lima, M^a. R. (2007). "Brasil en América Latina. Liderazgo regional en América del Sur". En *Foreign Affairs en español*, 7 (4), 10-14.

Varas, A. (2008). "Brasil en Sudamérica: De la indiferencia a la hegemonía". Disponible en <http://www.fride.org/publicacion/415/brasil-en-sudamerica:-de-la-indiferencia-a-la-hegemonia>. Consultado el 6/4/2011.



Campus Central -UNAB